

Machado de Assis y Borges: nacionalismo y color local

Leyla Perrone-Moisés

Las afinidades entre Machado de Assis y Jorge Luis Borges fueron ocasionalmente subrayadas por los críticos que intentan una visión conjunta de las literaturas latinoamericanas. Quien primero estableció tal paralelo fue Emir Rodríguez Monegal, el cual, ya en 1972, definía las *Memorias póstumas de Bras Cubas* (1881) como una novela revolucionaria, precursora de la «nueva novela» latinoamericana del siglo XX y, en especial, una anticipación de «las más audaces interpretaciones de Borges sobre la relación entre el autor, la obra y el lector» (*El Boom*, 53/54). Este juicio se encuentra reiterado en otros lugares de la obra de Rodríguez Monegal, y recientemente fue retomado y desarrollado por Earl E. Fitz («Machado de Assis, Borges y Clarice», 129/143).

La afinidad entre ambos escritores, que pretendo tratar en este artículo, no contempla en especial la obra ficcional de ellos, sino determinados textos teóricos y críticos que escribieron en torno al asunto del nacionalismo literario. Evidentemente, las coincidencias teóricas fundamentan ciertas similitudes en la práctica ficcional de los dos autores, pero aquí me ocuparé sobre todo de las primeras. Los ensayos en que Machado de Assis y Borges expresan unos puntos de vista concordantes sobre la cuestión del nacionalismo son, respectivamente, «Instinto de nacionalidad» (1873) y «El escritor argentino y la tradición» (1956). Aunque separados por ocho décadas y condicionados por circunstancias nacionales y literarias naturalmente diversas, los dos escritores reaccionan de la misma manera, con argumentaciones semejantes, a las seducciones del nacionalismo literario que agitaban a sus países en sendos momentos, y postulan la misma concepción de la literatura en lo que a este asunto se refiere.

Antes de comparar las posiciones y los argumentos de los dos escritores, es necesario recordar, rápidamente, los contextos de sus ensayos. En 1873, Machado de Assis había alcanzado cierta notoriedad como poeta y narrador, pero no era todavía el escritor popular que sería a partir de las *Memorias póstumas de Bras Cubas*, novela con la cual se inicia la segunda y mayor etapa de su obra. El ensayo mencionado fue escrito en el momento en que la literatura brasileña afirmábase como autónoma y trata-

ba de consolidar una tradición propia con el fin de asumir su lugar en el conjunto de las literaturas occidentales. El paso hacia tal autonomía había sido dado por el romanticismo y, dentro de él, por medio de la novela y la poesía llamadas indianistas, en las obras de José de Alencar (*El guaraní* e *Iracema*) y Gonçalves Dias (*Los timbiras*, *I-Juca Pirama* y *Tabira*) en las décadas de 1850 y 1860.

El nacionalismo romántico, como en casi todos los países latinoamericanos, coincidió con la independencia nacional, alcanzada en Brasil en 1822, y halló su expresión en la exaltación de la naturaleza local y de sus primitivos habitantes. Al triunfo de la temática indianista, sostenido por la crítica y el gran público, algunos escritores europeizantes opusieron, a finales del siglo, una reacción negativa. En relación con ella, los más jóvenes manifestaban su deseo de «vestirse con los colores del país» y así Machado de Assis inicia su ensayo diciendo: «Quien examina la actual literatura brasileña, le reconoce, de entrada, como rasgo principal, cierto instinto de nacionalidad». El ensayo mostrará que el escritor no compartía ni la actitud nacionalista estrecha ni el total repudio a sus manifestaciones. Veía, en tal actitud, ciertas cualidades que no debían ser despreciadas pero, en especial, determinados defectos que era necesario combatir. El hecho de que el ensayo fuera escrito para una revista de Nueva York (*El Nuevo Mundo*), circunstancia destacada por el propio escritor en su texto, también debe tenerse en cuenta, porque tal circunstancia ampliaba el horizonte de su reflexión más allá de las fronteras nacionales.

El famoso ensayo de Borges fue escrito en su etapa de madurez literaria y es el resultado de una larga y sinuosa reflexión acerca del tema. Tras haber ensayado, en la década de 1920, una literatura localista o «de arrabal», y de haber reaccionado, en la década de 1930, contra las tendencias germanizantes e hispanizantes, Borges pasó a defender para sí una identidad cultural múltiple (argentina, hispánica, pero además inglesa, portuguesa y judía) y escribir un tipo de ficción que recibió insistentes acusaciones de estar «enajenada de la realidad nacional», de ser europeizante y bizantina. «El escritor argentino y la tradición» es, según Rodríguez Monegal, «el definitivo punto de vista sobre un tema que extravió y sigue extraviando a la crítica argentina desde hace décadas» (*Jorge Luis Borge, a Literary Biography*, 424/425). La cuestión fue cuidadosamente estudiada por Jorge Panesi en el ensayo «Borges nacionalista, una identidad paradójica» (1994). En su ensayo de 1956, Borges se sitúa contra los rígidos defensores de la literatura gauchesca y la canonización de *Martín Fierro*, para resumir así su posición: «La poesía gauchesca, que ha producido obras admirables —me apresuro a repetirlo— es un género literario tan artificial como cualquier otro».

Analicemos, punto por punto, los argumentos sostenidos por Machado de Assis y por Borges para cuestionar los excesos nacionalistas. La argumentación de Machado de Assis se basa en el presupuesto universalista sostenido al comienzo de su texto: «Todo es materia de poesía, en tanto cumpla con las condiciones de lo bello o de los elementos que lo componen». Por tanto, sostener que la temática indianista es el único y excluyente patrimonio de la literatura brasileña, es un error equivalente a negarla. Por otra parte, la temática indianista «es un legado tan brasileño como universal» y, siendo así, no debe ser la única fuente de inspiración de los escritores brasileños. «No sentemos doctrinas tan absolutas que nos empobrezcan» aconseja el escritor.

Borges también se opone a ese empobrecimiento temático: «Los nacionalistas simulan venerar las capacidades de la mente argentina pero quieren limitar el ejercicio poético de esa mente a algunos pobres temas locales, como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no del universo». La reivindicación universalista de Borges va más allá de la simple declaración de principios de Machado de Assis, en razón de las evidentes diferencias de época y de temperamento. Borges considera no sólo que los latinoamericanos tienen derecho a los temas universales («debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo») sino que, por su propia constitución histórica, tienen más derecho a la tradición occidental que los mismos europeos: «Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental». Machado de Assis no llega tan lejos, pero la declaración de principios es la misma.

El universalismo de ambos escritores no es, en ninguno de ellos, desarraigo, pérdida de identidad nacional. Para el primero, lo que vincula fatalmente a un escritor con su nación es «cierto sentimiento íntimo, que lo convierte en hombre de su tiempo y de su país, aunque trate unos asuntos alejados en el tiempo y el espacio». Adviértase el uso que hace el escritor de las palabras «instinto» y «sentimiento». El «instinto» de nacionalidad es el afán primario y superficial de ser ostensiblemente brasileño, que él atribuye a «una opinión todavía mal formada» y a la falta, en Brasil, de una crítica literaria «amplia» y «elevada». El «sentimiento» de nacionalidad, por el contrario, es la vivencia de la misma como inherente al individuo de determinada tierra y que no necesita cultivar como escritor. Borges, de modo análogo, considera que «ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una afectación, una máscara».

La argumentación de ambos escritores sigue por caminos semejantes. Para comprobar que la nacionalidad de un escritor no reside en su temáti-

ca, Machado de Assis da ejemplos de grandes escritores que trataron temas extranjeros y, no por ello, dejaron de encarnar a sus naciones de modo indiscutible: «Preguntaré simplemente si el autor de *Song of Hiawatha* (Longfellow) no es el mismo autor de *Golden Legend*, que nada tiene de la tierra que lo vio nacer, y cuyo cantor admirable es él; preguntaré algo más: si *Hamlet*, *Otelo*, *Romeo y Julieta* tienen algo de historia inglesa o suceden en territorio británico y si, a la vez, Shakespeare no es un genio universal y un poeta esencialmente inglés».

Borges argumenta con un ejemplo semejante y otro idéntico: «Sin ir más lejos, creo que Racine ni siquiera hubiera entendido a una persona que le hubiera negado su derecho al título de poeta francés por haber buscado temas griegos y latinos. Creo que Shakespeare su hubiera asombrado si hubieran pretendido limitarlo a temas ingleses, y si le hubiesen dicho que, como inglés, no tenía derecho a escribir *Hamlet*, de tema escandinavo, o *Macbeth*, de tema escocés».

En cuanto al «color local», obtenido por la enfática adhesión a los motivos pintorescos, ambos son implacables. A pesar de su benevolencia respecto a la evocación de la naturaleza americana, Machado de Assis considera el «color local» como «una funesta ilusión»: «Un poeta no es nacional sólo porque incluya en sus versos muchos nombres de flores y pájaros del país, lo cual puede dar una nacionalidad léxica y nada más». Borges habría aprobado la expresión «nacionalidad léxica» o de vocabulario. Al escritor brasileño lo fastidian, sobre todo, la hipérbole y la afectación, la pérdida de la naturalidad en la expresión. De la misma forma, en la poesía gauchesca (y no en la auténtica poesía gaucha), Borges cuestiona «una busca de palabras nativas, una profusión de color local».

Los ejemplos negativos que aportan ambos escritores son muy parecidos. Dice Machado de Assis: «Un notable crítico francés, analizando tiempo atrás a un escritor escocés, Masson, decía acertadamente que se puede ser bretón sin hablar nunca del tojo, así como Masson es escocés y nunca habla del cardo, puesto que tiene una suerte de *escocitismo* íntimo, diverso y mejor que si fuera superficial».

Es bien conocido el ejemplo dado por Borges, así como la provocadora secuencia con que mejora su argumentación: «Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el *Alcorán*, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del *Alcorán*, bastaría esa ausencia de camellos para probar que es árabe. Fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos; en cambio, un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo prime-

ro que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página; pero Mahoma, como árabe, estaba tranquilo: sabía que podía ser árabe sin camellos».

Machado de Assis habría disfrutado con la ironía borgiana. El escritor brasileño, al igual que el argentino, no reniega de la temática nacional, sólo que ambos rechazan la obligatoriedad de adoptarla y se reservan el derecho de hablar de otras cosas. Machado de Assis muestra que la temática indiana es una fabricación compasiva, ya que poco ha quedado, en la cultura brasileña, de las culturas autóctonas. Por su parte, considera que las huellas conservadas por los cronistas y el buen uso que de ellas hicieron los románticos pueden ser justificados, no ya como la recuperación de un origen, sino como una reparación de esas culturas destruidas: «La compasión, a falta de argumentos más válidos, debería al menos inclinar la imaginación de los poetas hacia los pueblos que respiraron antes los aires de estas regiones, reuniendo en la literatura lo que separó la fatalidad de la historia».

Queda claro que el escritor no advierte razones esenciales, que serían fundamentalmente ontológicas o culturales («argumentos más válidos») para la adopción de esa temática, sino sólo una razón sentimental («la compasión»), ética (reunir lo que separó la historia) y estética (los buenos resultados obtenidos por Alencar y Gonsalves Dias). Por su lado, Borges tampoco desdeña los paisajes argentinos, los gauchos y los compadritos; habiendo alcanzado la madurez personal y artística, los reconoce como conformadores de su identidad, mas no como temas exclusivos, ni siquiera prioritarios. Como explica el autor, en el mismo ensayo en cuestión, su liberación y el consecuente abandono de la referencia explícita sucedieron años antes, al escribir su cuento «La muerte y la brújula», suerte de pesadilla en la cual los barrios de Buenos Aires aparecen deformados y deslocalizados por el uso de nombres extranjeros, como Rue de Toulon y Tristele-Roy. Ahora, dice, «publicada esa historia, mis amigos me dijeron que al fin habían encontrado en lo que yo escribía el sabor de las afueras de Buenos Aires». Machado de Assis, al igual que el crítico francés citado por él, diría que Borges había encontrado su argentinidad interior.

La cuestión de las identidades exterior e interior fue tratada por Machado de Assis años más tarde, en un cuento de 1882, «El espejo». Se trata de un militar que sólo se ve nítidamente reflejado en un espejo cuando viste su llamativo uniforme, que constituye su «alma exterior». «Toda criatura humana lleva consigo dos almas: una que mira desde dentro y hacia fuera, otra que lo hace a la inversa...» explica el narrador. Hay casos, comenta, «en que la pérdida del alma exterior implica la de la existencia entera». Lo que ahora nos interesa en ese famoso cuento de Machado de Assis, es lla-

mar la atención hacia el hecho de considerar el patriotismo como el alma exterior, la cual, aunque es «enérgica y exclusiva» no deja de ser postiza: « ciertas almas absorbentes, como la patria, por la cual dice Camoens que moriría, ejemplifica el narrador con cierta irreverencia, tanto en cuanto dice respecto a la patria propia como en cuento concierne al gran épico de la lengua portuguesa. Resulta evidente que Machado de Assis no se siente atraído por ese «alma» exclusiva y absorbente, lo que lo lleva a dudar, implícitamente, del patriotismo suicidal de Camoens: « dice Camoens que moriría».

En cuanto a la mera referencia geográfica y social, el novelista la considera con cierto desdén. En el ensayo de 1873 encontramos comentarios sobre la producción literaria contemporánea: «No faltan a algunos de nuestros novelistas cualidades de observación y de análisis, y un extranjero poco habituado a nuestras costumbres hallará en aquéllos algunas páginas instructivas». Tal tipo de observación y de análisis, puramente sociológico, le parece útil sólo como documento instructivo para los extranjeros o como guía turística. Por el contrario, el tipo de novela que propone es casi inexistente: «De la novela puramente analítica tenemos escasísimos ejemplos, sea porque nuestra índole no es propicia a ella, o porque tal clase obras es aún incompatible con nuestra adolescencia literaria». De las dos razones invocadas por Machado, deudoras del determinismo evolucionista de su tiempo, la primera puede parecer verdadera, ya que más de un siglo después de tales palabras, la novela de análisis es todavía escasa en la literatura brasileña. Pero siendo él quien dio a la literatura brasileña, en un momento posterior, la gran novela analítica que le hacía falta, el segundo motivo (la adolescencia literaria) parece inconsistente, por el hecho de la publicación de su obra y porque no se puede decir que la novela brasileña evolucionó o maduró a partir de ella o en relación a ella. Excluidas esas huellas epocales del discurso machadiano, permanece, en lo que nos concierne, la diferencia entre las almas interior y exterior, siendo la primera la que se despoja, no de la nacionalidad, sino de las señas nacionalistas.

El nacionalismo cultural se basa en paradojas. La primera consiste en desear una pureza originaria y sin contaminaciones, siendo que toda cultura se desarrolla en contacto con otras culturas, a través de lentos y complejos procesos de intercambio y asimilación. La segunda es que la afirmación nacionalista, tratando de mostrarse al mundo con todos sus valores (dado que nacionalismo es siempre competición, desde la fanfarronería ufana a la xenofobia) termina reforzando el localismo, el provincianismo, hasta cerrarse al mundo. La tercera paradoja (el orden resulta indiferente para el caso) reside en el deseo de una identificación colectiva, siendo que la iden-

tividad es siempre individual. Así, la paradoja de un nacionalismo insertado en el universalismo sigue sin resolverse desde la Ilustración.

En el caso de las culturas latinoamericanas, las paradojas se multiplican en la medida en que son extensiones exóticas de las culturas colonizadoras: la adopción de las lenguas colonizadoras, española y portuguesa, como en el caso de ciertas colonias independizadas más recientemente, la imposición de la lengua metropolitana en concurrencia con antiguas lenguas locales coexistentes. Expresadas desde el siglo XVI en las lenguas de los conquistadores, nuestras culturas hace tiempo que se apropiaron de tales lenguas, transformándolas y enriqueciéndolas con nuevos vocablos y nuevas entonaciones. En esas lenguas se fueron constituyendo las varias y seculares literaturas nacionales, continuadoras pero independientes de las metropolitanas. De tal modo, la instauración de la identidad latinoamericana se vio impedida de seguir el rígido esquema de Hegel, que implica, en el paso tercero y sintetizador, la eliminación de la alteridad y el retorno al uno. Excluir el elemento europeo sería eliminar el «cuerpo extraño» que es una parte constitutiva de nosotros mismos, parte –por así decirlo– más íntima de cuanto nos queda de indios y africanos, ya que la lengua, como es sabido, es formadora y conformadora de toda visión del mundo y, en consecuencia, de toda cultura (ver Perrone-Moisés 1995).

En consecuencia, el escritor latinoamericano del siglo XIX y de la primera mitad del XX, al definir su identidad cultural, está siempre a vueltas con esa dialéctica intrincada que consiste en confrontarse con una alteridad europea que al mismo tiempo lo excluye y lo implica. En lo que se refiere a la tradición literaria, el problema consiste en apropiarse de la tradición europea y trabajar, al mismo tiempo, en la consolidación de una tradición nacional incipiente pero ya independiente. Tanto Machado de Assis como Borges se preocupan con tal cuestión y saben que el nacionalismo es necesario para la formación de tradiciones nacionales que puedan ser, en un segundo momento, insertas en un contexto universal.

Las contradicciones del nacionalismo latinoamericano no escaparon a Machado de Assis ni a Borges, escritores irónicos y maestros en paradojas y aporías. Comentando las críticas de los nacionalistas a los poetas brasileños del siglo XVIII, considerados demasiado lusitanos, el novelista brasileño estima: «No me parece para nada justa la censura a nuestros poetas coloniales, afectados de aquella enfermedad del «mal gusto arcadiano», como tampoco me parece justa la de no haber trabajado por la independencia literaria, cuando la independencia política estaba todavía en el vientre del futuro y, más que nada, porque entre la metrópolis y la colonia se creó una historia de tradiciones, costumbres y educación homogéneas».

El mismo Gonçalves Dias, ejemplifica Machado, conocido como el poeta de los indios, habiendo hecho sus estudios en Portugal, compuso sus *Sextillas de fray Antón*, lusitanas tanto por el tema como por el estilo arcaizante, una obra que, según Machado, es tan importante como *Los timbiras*.

La misma ilusión de una creación edénica o de una generación espontánea de la cultura argentina es rechazada por Borges: «Llego a una tercera opinión que he leído hace poco sobre los escritores argentinos y la tradición, y que me ha asombrado mucho. Viene a decir que nosotros, los argentinos, estamos desvinculados del pasado; que ha habido como una solución de continuidad entre nosotros y Europa. Según este singular parecer, los argentinos estamos como en los primeros días de la creación; el hecho de buscar temas y procedimientos europeos es una ilusión, un error; debemos comprender que estamos esencialmente solos, y que no podemos jugar a ser europeos. Esta opinión me parece infundada».

La mayor paradoja, que Machado de Assis no apunta, porque no se le ocurrió hacerlo, o por no dar a su artículo un tono más polémico, consiste en el hecho de que la propia temática indianista, con sus toques de color local, fue estimulada en Brasil por los franceses Ferdinand Denis y Eugène de Monglave, que aconsejaron a nuestros poetas y novelistas que siguieran el camino abierto por Chateaubriand en *Atala*. El nacionalismo literario mismo es una creación romántica europea, paradoja que no escapa a Borges y que él, con feroz humor incontestable, esboza en uno de sus más felices momentos (y, por ello, de los más frecuentemente citados) de su ensayo: «El culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas argentinos deberían rechazar por foráneo».

Los ensayos de ambos escritores contienen consideraciones acerca de la lengua. Las de Machado de Assis son bastante convencionales. Lamentando que «entre los muchos méritos de nuestros libros no siempre figure la pureza del lenguaje», el futuro fundador de la Academia Brasileña de la Lengua condena los «solecismos» y «la excesiva influencia de la lengua francesa». El escritor admite las innovaciones, contando con esas «alteraciones del lenguaje», pero efectuadas con cautela, a lo largo del tiempo y poniendo límites a la influencia popular. Para los lectores de hoy, no es éste el mejor momento de su ensayo. Pero la posición conservadora del escritor en relación con la lengua resulta perfectamente adecuada a su práctica de la misma, a su estilo sintético, incisivo, gracioso, rico en sobreentendidos, en resumen: un estilo perfectamente clásico. Las innovaciones de Machado de Assis están en su forma de narrar, en su trato con el lector, en el cultivo moderno de las ambigüedades y del sentido en suspenso, y no en la invención verbal propiamente dicha. Como

en Borges, diríamos. La cuestión de la lengua también fue motivo de larga reflexión para el escritor argentino, que «siente su idioma español como un destino minusválido, como el tosco sedimento de una cultura cuyo élan literario se cierra, sin reabrirse, en las magnificencias verbales del siglo de oro; expansiones literarias de la lengua que son aceptadas para, inmediatamente, ejercitar sobre ellas una crítica feroz» (Panesi 117/118).

Situadas las posiciones de ambos escritores, que tienen mucho de polémico en sus respectivas circunstancias, pero que hoy nos parecen coincidentes en varios puntos, podemos añadir otra consideración. Las primeras reflexiones latinoamericanas sobre la identidad cultural, en el siglo XIX, se situaron en términos de relación con Europa: civilizado/bárbaro, adulto/niño, viejo/nuevo, mundo/aldea, etc. En el siglo XX, esa reflexión se desarrolló sobre todo en términos de mestizaje cultural. El nacionalismo mestizo es otra paradoja, la mayor de todas. ¿Puede haber identificación, como distanciamiento del Otro, en un proceso de mestizaje? Ahora, en cuanto concierne a nuestros dos autores y sus notables ensayos, resulta evidente el universalismo europeísta de ambos. Ser universal, para los dos, es sobre todo ser occidental, lo cual es perfectamente coherente con el hecho de que la propia valorización del universalismo es un rasgo de la cultura occidental. Machado de Assis, aunque mulato y perteneciente a una sociedad mestiza, estaba casado con una portuguesa, hizo una carrera de «blanco» y, especialmente, vivió un momento histórico en que todavía no se consideraba la cuestión del negro en términos de aporte cultural. Borges, en una sociedad predominantemente blanca, reivindica una identidad cultural múltiple, resultante de una combinación personal única y, en cierta medida, mítica, pero predominantemente europea.

El europeísmo de ambos escritores es asumido sin dejar de ser problemático, no tanto porque los nacionalistas estrechos exijan de ellos una identidad nacional más exclusiva, sino principalmente porque sienten la necesidad de elucidar tal cuestión. En el referido ensayo, Panesi sugiere, con astucia, que ese tránsito entre diversas culturas y naciones está representado, en la ficción borgiana, por la figuras obsesivas del traidor y el espía. El traidor, amenaza intrínseca a la nación, cumple, sin embargo, una función: «El traidor genera alteraciones, es una marca de mutabilidad que produce reacciones defensivas y puede consolidar los lazos del grupo». La función del espía es todavía más compleja: «El espía, traidor en potencia, ese foco de contaminación y de sentimientos ambiguos, por su parte, ilustra el drama de la nacionalidad: amante de su patria, está condenado a vivir en el anonimato y en la anomia que le impone el extranjero, tal como los indivi-

duos, no menos anónimos, viven sujetos a los lazos de las comunidades imaginarias nacionales» (Panesi 127).

En la obra ficcional de Machado de Assis también podemos encontrar a un personaje que encarna las inquietudes del nacionalismo: es la figura del diplomático, personificado en el consejero Aires (*Memorial de Aires*, 1908). El diplomático es aquel que representa a la nación y que al mismo tiempo vive fuera de ella, acabando por desnacionalizarse: «Vi todo por varias lenguas» dice Aires. Yendo de su país al extranjero, el diplomático ve el Brasil de dentro a afuera y viceversa. Su alma exterior se representante de la nación amenaza, paradójicamente, a su alma interior nacional. En *Memorial de Aires* dos figuras de diplomáticos encarnan las actitudes posibles: Tristán, que adopta la ciudadanía de un país europeo y abandona su país, y Aires, que acaba por «volver a su tierra, a su Catete, a su lengua», pero mantiene una visión distanciada de su medio. Alma interior y alma exterior se le vuelven indistintas porque se han mezclado.

La tensión entre el Brasil y el mundo exterior, que no es sólo la de un personaje, sino que emblematisa los dilemas de la cultura brasileña, se resuelven textualmente en un rico e irónico intertexto en que las referencias literarias nacionales y extranjeras se cruzan, y ven alterada sus significaciones por el contacto y el reciclaje. La cuestión del intertexto machadiano fue finamente analizada por Gilberto Pinheiro Passos (1996). Este crítico define así la posición asumida en el *Memorial de Aires*: «Ni nacionalismo romántico, ni determinismo localista del realismo naturalista ni universalismo clásico, sino una tensión dialéctica que discute y profundiza la plasmación de lo nacional o sea que repropone el tema de la representación del Brasil, haciéndola compleja y abierta al patrimonio adquirido fuera del país, siempre con la intuición de reflejarlo del modo más abarcante» (163).

Tal posición, expresa en la idea del instinto de nacionalidad, es asumida en el texto ficcional por el «uso del legado literario como contraposición a los ideales nacionalistas estrechos» (Pinheiro Passos 157).

Tanto Machado de Assis como Borges son demasiado lúcidos como para aceptar la nacionalidad como una esencia ontológica. Perfilado por detrás de la persona del consejero Aires, tan refinado como éste, el novelista brasileño encara el problema con ironía, abundando en aquello que Pinheiro Passos llama una «poética diplomática». La cuestión de la nacionalidad sigue sin tener una solución definitiva, porque es reconocida como una representación imaginaria. El escepticismo de Borges, explica el escritor al comienzo de su ensayo, «no se refiere a la dificultad o imposibilidad de resolverlo, sino a la existencia misma del problema (...) más que de una verdadera dificultad mental entiendo que se trata de una apariencia, de un

simulacro, de un pseudoproblema». Ambos escritores son finos cultores de la ironía, justamente aquella que falta a los nacionalistas estrechos; una falta de ironía que tiene el inconveniente de llevarlos a una mitología metafísica, la guerra o simplemente al ridículo.

La ironía debería imponerse en cualquier reflexión acerca del nacionalismo, en la medida en que éste depende de la existencia del oponente extranjero: «Toda política de oposición (...) circula bajo el signo de la ironía, sabiéndose ineluctablemente parásita en sus antagonistas» (Eagleton 26). Difícil de cultivar en el terreno político, la ironía encuentra un campo de acción privilegiado en la literatura. Es lo que Eagleton ejemplifica con la obra de Joyce. *Ulises* es caracterizada como «una resolución estética de contradicciones históricas» (35), «un cumplimiento de Joyce a Irlanda que la inscribe en el mapa del cosmopolitismo». *El despertar de Finnegan* va todavía más lejos, confundiendo anárquicamente todas las identidades. Entre tanto, observa Eagleton, «toda vía, toda mediación dialéctica es rota: lo inmediato y lo universal son igualmente cómicos, están cerrados para cualquier comodidad o devenir conjunto» (36). Como el escritor irlandés y cada uno a su manera, Machado de Assis y Borges encararon irónicamente, en sus obras de ficción, la inextricable paradoja del nacionalismo. Allí donde los escritores menores ceden al provincianismo o, inversamente, a la imitación y a la influencia, los mayores componen un intertexto irónico, donde los elementos extranjeros y los locales producen una combinación inédita que engrandece tanto la literatura nacional como la internacional.

Bibliografía

- ASSIS, JOSÉ MARIA MACHADO DE: «Instinto de nacionalidade», *Critica literaria*, Jackson, Rio de Janeiro, 1937.
- Id. *Memorial de Aires*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1975
- BORGES, JORGE LUIS: «El escritor argentino y la tradición», *Discusión*. Emecé, Buenos Aires, 1957.
- EAGLETON, TERRY: «Nationalism: Irony and Commitment», *Nationalism, colonialism and literature*, University of Minnesota Press, 1990.
- FITZ, EARL E.: «Machado, Borges e Clarice: A evolução da nova narrativa latino-americana», *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, enero-junio 1998.
- PANESI, JORGE: «Borges nacionalista: una identidad paradójica», *Identidade e representação*, UFSC, Florianópolis, 1994.

PASSOS, GILBERTO PINHEIRO: *A sugestoes do Conselheiro*, Attica, Sao Paulo, 1996.

PERRONE-MOISÉS, Leyla: «Paradoxes of Literary Nationalism in Latin America», *Latin America as its Literature*, CNL, New York, 1995.

RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR: *El boom de la novela latinoamericana*, Tiempo Nuevo, Caracas, 1972.

Id: *Jorge Luis Borges: A literary Biography*, E.P. Dutton. New York, 1978.

Traducción: Blas Matamoro



Georges Rigaud y Mecha Ortiz en *Vidas marcadas* (1942) de Daniel Tinayre